

W. B. Yeats, *Essays on Symbolism/Ensayos sobre Simbolismo*. Edición Bilingüe. Introducción, Edición, Traducción y Notas: Félix Rodríguez. San Lorenzo del Escorial: Langre, 2005, 231 pp.

Uno de los poetas que más reediciones y ensayos merece a los estudiosos de la literatura inglesa es William B. Yeats. Sin embargo, ha sido, sin duda, uno de los menos entendidos y tal vez de los más injustamente tratados por parte de una crítica orientada en este siglo XX hacia postulados estéticos 'realistas' y atenta hacia el entorno inmediato, y abundando en fuentes de inspiración de carácter personal y psicológica o bien de carácter social e histórica. Este punto de vista está reiteradamente explicado en la larga y introducción que hace el traductor, bien nutrida de notas y abundante en citas que confirman la sensación que tiene el lector de que Yeats es un poeta eminentemente 'simbolista' que bebe de las fuentes inagotables del mito y de la magia y que, además, lo explica de forma convincente en sus ensayos.

La protesta de H. Bloom, que motivó su obra *Yeats* (1970), saliendo al paso de la errada lectura y el torcido enjuiciamiento que el poeta venía padeciendo, está más que justificada. Otros, como el conocido crítico del romanticismo, F. Kermode, ya habían puesto de relieve la fidelidad de Yeats a su propio ideario estético sin devaneos 'decadentistas', una de las más erradas y torvas acusaciones de la que ha sido objeto.

En efecto, leyendo estos ensayos nos vemos guiados por la mano sabia de Yeats por ese laberinto ignoto que es el mundo, no exento de magia y esoterismo, de la inspiración poética, ese don de Dios/los dioses que ha otorgado a los poetas. Entre sus detractores figura W. H. Auden quien criticó esa faceta de la obra de Yeats evaluándola con el lamentable argumento *ad hominem*: "deplorable spectacle of a grown man occupied with the mumbo-jumbo of magic and the nonsense of India".

Los textos de Yeats, escritos entre 1895 y 1901, que en esta antología de la editorial Langre se nos presentan, son la continuación de una línea editorial loable en doble sentido, primero por lo coherente de la temática y los autores tratados y segundo por el empeño perseguido en dar a conocer textos que son documentos fundamentales de la estética y del arte actuales, sin cuya lectura es imposible entender las obras literarias más señeras de los últimos dos siglos. Son siete ensayos de variada longitud, publicados en espejo bilingüe, excelentemente traducidos, en un formato de bolsillo fácilmente manejable. Los ensayos son: "Magic" donde el autor señala su derrotero por ese mar bravío de célticas resonancias ("I believe in the practice and philosophy of what we have agreed to call magic...") y cuyos ecos encuentra en el mismo rumbo tomado por el romántico Shelley. El ensayo titulado "The Philosophy of Shelley's Poetry" donde destaca la inspiración pura, ese 'hunting after the obscure' que no se atiene a normas

sociales ni políticas ni religiosas, sino que las trasciende: "I have re-read *Prometheus Unbound*... and it seems to me to have an even more certain place than I had thought among the sacred books of the world". Su *Prometheus Unbound* no es una prédica política, como a menudo se ha considerado, sino una sutil maraña tejida de evocaciones de significados simbólicos localizados entre la mente del hombre y la naturaleza. Tal vez sea preciso remontarse aquí al idealismo romántico de Novalis y a los místicos como Jacob Boehme y Emmanuel Swedenborg, precursores de Blake, objeto del siguiente ensayo de Yeats: "William Blake and the Imagination". Yeats rindió tributo a Blake al describirle como uno de "the great artificers of God who uttered great truths to a little clan". Su mundo de la transcendencia del signo, verdadero jeroglífico de una verdad superior oculta tras vagas voces que no son sino pálidos reflejos de ella. Nos acerca, por contigüidad, al español Juan Ramón Jiménez en su "Estética y ética estética" donde nos ofrece ese palenque de confrontación entre la moral social y la ética del mundo de los poetas y visionarios.

Habla Yeats de la Belleza Intelectual, el poder central del mundo, y los Espíritus Elementales, que habitan en otro plano y otras regiones que aquellas de las causas, por nobles que sean, de los mortales humanos. La inspiración romántica se opone en Yeats a la lógica de la coherencia del raciocinio enciclopédico, (como bien dice, a propósito del romanticismo alemán, P. van Tieghem: "le romantisme allemand est, avant tout, ...(..) une réation contre le rationalism de ce qu'on appelle l'âge des lumières" (*Aufklärungsperiode*) de la humana facultad de la deducción y la inferencia silogística. Su ruptura de la rama clasicista fue ya prevista en *De la Littérature* por Mme. de Staël en 1800. Y ese es su credo y también su doctrina aquí expuesta. Cita a Shelley: "For love and beauty and delight/ There is no death nor change; their might/ Exceeds our organs, which endure/ No light, being themselves obscure".

Por eso el poder de los símbolos inmutables son de hecho "un lenguaje dentro del propio lenguaje", y el simbolismo es el auténtico alfabeto cifrado a los ojos del poeta hermético, empapado en sabiduría y magia céltica. Yeats nos revela en el ensayo sobre Shelley, el velo misterioso que encubre símiles y colocaciones léxicas extrañas y casi inconcebibles, los símbolos permanentes que crean toda la 'mitología' particular, aunque compartida, de las corrientes de agua, los ríos que manan de los montes, las torres humanas y las cuevas con fuentes sombrías y que son conceptos medulares en poemas de Shelley como el *Epipsychidion* y *Laon y Cythnia*. El lenguaje esotérico, poblado de imágenes imprecisas y vagas, que nos recuerdan al neoplatónico Porfirio en su "En la cueva de las ninfas", son esenciales al lenguaje misterioso y oscuro de la poesía pura, sostiene Yeats. En palabras suyas, el simbolismo es la 'forma literaria de la magia'.

Sigue un breve ensayo, "Symbolism in Painting" donde contrapone alegoría y simbolismo, y afirma que todo arte que no sea mera narración o mero retrato es simbólico y viene a cumplir el objetivo de aquellos talismanes simbólicos de colores y formas complejas que realizaban los magos medievales y sobre los que mandaban meditar a diario a sus pacientes. Al liberar a los paisajes y a las personas pintadas de los motivos y las acciones, o las causas y efectos salvo los que tu propio afecto genera, "se transformarán en símbolos de una emoción infinita, más perfecta, en parte de la Esencia Divina" (p. 157) Mezcla en extraña simbiosis cuadros (sobre todo de prerrafaelistas) y poemas (Blake, Verlaine, Keats) dramas (Wagner, Maeterlinck, de l'Isle-Adam), para atribuirles el misterio del simbolismo operando en ellos y que es del material de los mitos religiosos y de la esencia de la divinidad transcendente que crea emociones indescriptibles, infinitas y perfectas.

El ensayo "The Symbolism of Poetry" nos recuerda ese otro ensayo tan revelador en su época de Arthur Symons, "The Symbolist Movement in Literature" escrito en 1899 y dedicado al propio Yeats. En él se habla de esa rara alquimia realizada por los poetas británicos para combinar en su matraz la poesía francesa de Baudelaire, Verlaine y Mallarmé con su tradición autóctona, de inspiración y raíces en la leyenda y el mito celta. Suyas son estas palabras, que en parte, sintetizan su ideario poético: "all sounds, all colours, all forms, either because of their preordained energies or because of long association, evoke indeinable and yet precise emotions, or, as I prefer to think, call down among us certain desimboded powers, whose footsteps over our hearts we call emotions". Esa es la doctrina en la que Yeats era un fiel practicante, lejos de los apodos y etiquetas que mentes aviesas, o en el mejor de los casos, obtusas, le impusieron en nombre de 'movimientos decadentes', 'fuerzas nacionalistas' etc. ajenos a su actitud esencialmente simbolista y despegada de empeños y afanes con miras cortas. A su modo era un representante de esa Irlanda que reivindicaba toda una tradición de creencias y leyendas del imaginario colectivo radicalmente distinto al anglosajón.

Su siguiente y penúltimo ensayo, "El Elemento celta en la literatura" en el que empieza comentando las palabras del filósofo francés Ernest Renan que da las claves de la identidad nacional en su tratado traducido en 1896 "La poesía de las razas celtas": "amor a la naturaleza por sí misma, un vivo afecto por su magia, mezclados con la melancolía que un hombre siente cuando, frente a ella, cree oírla conversar con él acerca de su origen y su destino". Los impronunciabes héroes, heroínas y semidioses celtas están inscritos en los libros de hazañas suprahumanas y en parte sagradas del paganismo precristiano. Para Matthew Arnold la mitología y la magia celta no podía desligarse de la apropiación que de ellas había hecho la

cultura no sólo anglosajona sino en general la europea. Sin ese plus de imaginación mágica celta carecería de esa chispa de vivacidad y originalidad. Citas obligadas son el ciclo del rey Arturo y el Grial, y la literatura caballeeresca medieval, las tradiciones soterradas en las obras de Shakespeare, las leyendas y romances tras las obras de Walter Scott, verdadero maná de los románticos, como fueron las sagas y odas escandinavas para las óperas de Richard Wagner y la inspiración poética de William Morris.

Debo reseñar, en fin, la labor encomiable de la editorial Langre que ofrece estos ensayos fundamentales para la historia de la literatura europea, con autores como Poe, Wilde, Pater, Proust, Eliot ec. realizada con exquisito gusto en ediciones eruditas y selectas y con traducciones muy cuidadas.

Vicente López Folgado